

EL CONSPIRADOR

Con mucha anterioridad al 10 de octubre de 1868 se conspiraba contra España, especialmente en la provincia oriental, la región de las grandes rebeldías. En Jiguaní se gestaba el brote de rebelión por Donato del Mármol y Calixto García³² de cierto arraigo en toda aquella zona y aunque se mantenía en el más discreto silencio para evitar cualquier delación. Se reunían frecuentemente cambiando impresiones y en contacto directo con Bayamo, donde la rebeldía aumentaba a cada instante.

El Dr. Félix Figueredo era el médico de más prestigio en toda aquella comarca y además era el Secretario de la Junta Subalterna de Sanidad, actuando a la vez como médico vacunador, lo que lo hacía mantener las mejores relaciones tanto con los cubanos como con los españoles, sin excluir a las propias autoridades coloniales, tanto es así que era el médico de la familia del Teniente Gobernador Enrique Savil Pérez, del Alcalde Mayor, Benigno Polanco; del Juez de Paz, Esteban Estrada y otros. Por tanto, era la personalidad que ambas tendencias observaban muy atentamente para conocer sus inclinaciones, sus ideas. El Dr. Félix Figueredo era cauteloso y se mantenía en una actitud de discreción absoluta. Era personalmente receloso, no expresaba opinión alguna y se dedicaba exclusivamente a ejercer su profesión a plenitud.

Pero el malestar de la población cubana crecía en carrera vertiginosa. Las autoridades españolas lo aumentaban con sus desaciertos y el ambiente se caldeaba. La chispa que provocaría la explosión podía surgir de un momento a otro.

Félix Figueredo estaba en su fuero interno más que definido. **Era** por sus ideas partidario de la libertad. Odiaba la opresión, abominaba la dictadura. Su formación profesional e intelectual lo había hecho concebir una patria libre. Su pensamiento político estaba encaminado a querer para Cuba una estructura social muy distinta a la que tenía. Estaba por las ideas que provocaron la Revolución Francesa. Los

³² Cuc Bada, Juan Andrés. «Diario de Calixto García.» 1970.

hombres dirigentes de aquel movimiento revolucionario le eran familiares. Así es que su ideología lo situaba desde los primeros momentos frente al poder colonial y por la plena independencia de Cuba.

Él mismo lo confiesa en sus memorias: «Empecé a servir a la Revolución antes de estallar»³³ y relata que en cierta ocasión en Santa Rita se le invitó a un almuerzo donde asistieron cubanos y españoles y aunque no se trató de materia política, se pronunciaron discursos progresistas. «También —dice Figueredo— me vi obligado a brindar, mas desconfiado y cauteloso por no tener antecedentes de los convidados y tener junto a mí a dos hermanos “catalanes”, no obstante me lancé a una prueba y terminé mi brindis manifestando que mis ideas eran las de todo médico y de consiguiente estaba por todo aquello que *camina*. Aludía a las ideas modernas nacidas en la Revolución Francesa».³⁴

Félix Figueredo estudiaba y analizaba a los hombres que en Bayamo figuraban como conspiradores y como era amigo de Francisco Vicente Aguilera, Pedro Figueredo, Esteban Estrada, Jorge Milanés, Francisco Maceo, Bello, Palma, Portuondo, Carlos Pérez y otros se informaba plenamente de todo lo que se estaba realizando. Pero al principio se mostraba un tanto escéptico, él mismo lo confiesa cuando dice: «Sentí extraordinaria desanimación al ver que Pancho Maceo³⁵ pagaba el primer plazo de una nueva contribución cuando la idea general era de no pagarlas, pretextando *era preciso hacerlo para tener el derecho de poder abogar por sus clientes* así mismo me desanimaba la conducta que observé en muchos de los conspiradores los cuales trataban asuntos delicados en una tertulia que por las tardes se formaba en el “Central”, establecimiento de José Fayas, mientras éste se recreaba en el juego de la malilla³⁶ con el catalán José Noguer y algunos oficiales de los de guarnición que diariamente concurrían a formar partida en el indicado establecimiento.»

Recuerda también: «Una noche después de concluido un baile en la Socieaad Filarmónica”, salimos con la música a dar un paseo por las calles, haciendo tocar el dúo “Puritani” junto a la casa de Jorge Milanés, en la calle San José, y al concluir la orquesta resonó el grito de ¡Viva
1 rin! dado por Luis de Castro y como por encanto desaparecieron

ívvam.» La Habana.

³⁴ Figueredo, Félix. Fuente citada.

³⁵ Francisco Maceo Osorio.

³⁶ Juego de barajas.

Pancho Maceo y el mismo Castro sin poderse averiguar en aquel momento qué rumbo habían tomado.»³⁷

Los primeros intentos conspiratorios tanto de Bayamo como de Jiguaní, no habían tomado forma ni habían sido motivos de una organización. Eran meros tanteos y muchos comentarios. Ello disgustaba grandemente a Félix Figueredo, que por su conformación era de seriedad y formalidad absoluta.

«Poco tiempo después, cuenta el propio Figueredo, me enviaron a buscar de cierta finca donde celebraban un *Perico Ripiao*;' concurrí y regresé a las tres de la mañana disgustado en gran manera, por ciertas escenas que observé con unos infelices campesinos que habitaban en una estancia al fondo del potrero de Ángel Céspedes. Creí prudente después de lo que había presenciado no volver a ninguna reunión que bajo el nombre de *Perico Ripiao* tenían lugar, porque en ellas dominaba el desorden que producía el *ópalo*, bebida compuesta con anisado y agua.»³⁸

La esposa del Teniente Gobernador Sávil Pérez, María de Jesús Mantilla, dice Figueredo: «que iba diariamente con sus niños a mi casa; escudriñé con astucia el pensamiento del gobierno español representado en la Habana por el Capitán General Francisco Lersundi. Sus órdenes eran terminantes y se repetían a menudo: “fusilar a cualquiera que intentara trastornar al país”, órdenes emanadas de anteriores capitanes generales y puestas en práctica principalmente por el Marqués de La Habana, José de la Concha con Narciso López, Ramón Pintó y otros. —Médico— me decía la señora Mantilla de Sávil—esto va mal. Liquide sus bienes y acompañeme con su familia, yo me voy a España. Observe bien: aquí se conspira mucho; y a ese mentecato de Acosta lo van a engañar entregando a su suegro³⁹ y a usted, los Milanés y otros».

«Yo, sin embargo —agrega en sus Memorias Félix Figueredo— que en aquellas frases oía el credo, le aseguraba, que vivía equivocada porque no veía preparativos de armamentos ni depósitos, ni veía reuniones sospechosas

³⁷ Figueredo, Félix. Fuente citada.

³⁸ Figueredo, Félix. Fuente citada.

³⁹ Lucas del Castillo.

ni colectas de fondos. ¿Dónde está el dinero y las armas para un levantamiento?»

«Éste y otro argumento le volvían la tranquilidad, pero me repetía: — Conspiran: el Capitán General de la Isla, manda que al que cojan lo fusilen. Aconseje a su suegro, que es muy exaltado y tiene los antecedentes de haber sido desterrado a Cuba⁴⁰ con Carlos Manuel de Céspedes y Pepe Fornaris en el año 51, que precisamente no se exponga y ni su amigo Sagal no dé banquetes al joven Milanés y otros que pueden caer.»

Trató el Dr. Félix Figueredo, de calmar a la esposa del Teniente Gobernador, diciéndole:

—No crea en brujos...⁴¹

Pero su objetivo lo había conseguido. Había explorado el espíritu femenino de la esposa de un gobernante español y pudo determinar que las autoridades sospechaban ya los barruntos de revolución. No sabían aún nada en concreto, pero sentían el bramido del volcán.

«En mayo de 1868 fue relevado el Teniente Gobernador de Jiguaní, Sávil Pérez, sustituido por Federico de Muguruza y Lersundi, —dice el propio Figueredo— primo carnal del Gobernador Superior (Don Francisco Lersundi y Muguruza), vizcaíno, era un bárbaro vestido de uniforme, había ascendido en Filipinas hasta Capitán de Infantería, de Sargento Primero que era el grado con que salió de España. Desde que le hizo entrega del cargo su antecesor tomó el camino de los dictadores, ejecutando actos que revelaban en el primo al Capitán General. Su primera actuación fue encargarle al Celador de Policía le hiciese un libro que título “Vevete”, con los nombres de todos los que trabajaban en la jurisdicción, con los antecedentes especiales y sus notas con fechas.»

«El Celador —agrega— se esmeró en el trabajo y muy pronto se sintió el efecto porque empezó a llamar a los anotados, suprimía los saludos y se disparaba como un arma de fuego con muelle roto. A sus interrogaciones se sucedían los emplazados y empezó una sorda murmuración entre los habitantes, pero manifestaron tener valor para devolverla con insultos.»

En estos interrogatorios el primer encuentro personal del Teniente Gobernador fue con el Dr. Félix Figueredo, que figuraba entre los anotados en el libro «Vevete», nos dice el propio Figueredo: «Invitado por

⁴⁰ Santiago de Cuba.

⁴¹ Figueredo, Félix. Fuente citada.

unos amigos a pasar las fiestas de San Pedro al campo junto con mi familia me fui la antevíspera del santo y llegado el 30 volví a Jiguaní, para pasar los partes mensuales a la Junta Superior de la Habana como Vacunador titular que era y como Secretario de la Junta de Sanidad. Al pasar por la plaza de la villa donde estaba la Casa de Gobierno le vi en el portal dándose paseos y de ahí me hizo con la mano señas fuese donde él. Incliné mi caballo en aquella dirección y saludando muy cortésmente iba a echar un pie a tierra, mas me detuve al oír que en lugar de contestar mi saludo me dijo:

—Lo he llamado a usted para decirle que ayer puse en correos un oficio dando cuenta al Excmo. Sr. Comandante General, que siempre está usted fuera de la población y que no se le encuentra cuando se le busca.

Lo brusco de aquella salida —cuenta Figueredo— y sus palabras me enmudecieron y lleno de coraje, sin detenerme a pensar, le contesté:

—Muy señor mío, Sr. Teniente Gobernador, si usted ayer le ofició al Excmo. Comandante General vuelva a hacerlo hoy, diciéndole que si no estaba en la población es porque no me da la gana, pues en cumplimiento con mis obligaciones con mi profesión de médico, y médico de aquí, me hacen ir donde solicitan mis servicios facultativos. Páselo usted bien.

Este incidente pudo tener una gravedad extrema para el médico dado el carácter brutal del militar español que no aceptaba réplicas de ese tono. Sin embargo, tal vez lo violento de la contestación, impidió que surgieran consecuencias mayores.

El mismo Figueredo declara: «Y lo dejé estupefacto, marchándome seguidamente. Esta escena no tuvo ningún resultado pues al día siguiente, 1.º de julio, después que pasé en correos los partes de los vacunados y enfermedades reinantes, me volví para Contramaestre donde tenía a mi familia. Menos la tuvo de parte del Comandante General porque me satisfizo después, diciéndome, que no había dado cuenta, que lo hizo para amedrentarme. Si lo hizo y no le dio resultado, no me era extraño porque al poner en estafeta los partes mensuales, también puse una nota para mi inolvidable amigo Ascencio de Ascencio, que a la sazón era Oficial Primero de la Secretaría de la Comandancia General. La respuesta del amigo Ascencio fue: “No pasara cuidado mientras él corriera con el despacho”. Esto que me aseguraba me lo había probado cuantas veces lo necesité en asuntos de importancia.»

Jiguaní siguió su vida normal, pero las contribuciones y otras gabelas que imponía el Gobierno tenía al pueblo en un verdadero estado de exal-

ración, pero como afirma Figueredo, «sin manifestarse, con el silencio que anuncia una tempestad».

Después cuenta: «Llegó el mes de agosto (1868) y con él las fiestas de San Bartolo, patrono de Baire. Tomé casa para que mi esposa y mis chiquitos disfrutaran de las fiestas y la víspera del santo conduje toda la familia a aquel poblado. Hubo distintas diversiones y mientras el pueblo se divertía me dediqué a tomar los hilos de la conspiración. Para las autoridades españolas y para una parte de los habitantes conscientes ninguna significación tenía, que hubieran ido a la octava de las fiestas, Pancho Maceo, los Milanés, Borrero, Ismael Mena, Donato del Mármol y otros, pero sí la tenía que fui invitado a la finca de Ramón Garcés a una comida donde no sólo vi a los citados, sino también a Rafael Cabeza, Agustín Rustán, Juan González y otros que por sus antecedentes eran reputados por el partido como los “guapos” más decididos en los lances de revolución. Todo lo observé y a nadie dije nunca lo que vi. Pensé, después que salí de aquella *broma* con comida y cerveza que la cosa está muy mala. No obstante dudaba porque conocía a ciertos hombres a fondo y eran incapaces de tomar la iniciativa. Dudaba porque los conocía y estaba seguro que en trance comprometido o ponían los pies en polvorosa o eran capaces de vender los secretos.»

^Después de las fiestas regresó el Dr. Figueredo con su familia a Jiguani y el último día de septiembre recibió la visita de un español, el catalán Cayetano Martí, que le dijo:

—Vengo a ofrecerle por su criado Marcos —mulato de unos 18 a 20 años de edad— mil doscientos duros.

Dice Figueredo que llamó a Marcos y le responde al catalán delante de él: —Si usted desea quedarse con él, le es fácil, pero no como esclavo, vamos a la escribanía¹² del ramo y ahí mediante quinientos pesos se lo entrego, pero con su carta de libertad. Note usted que así le cuesta setecientos pesos menos, y mediante un contrato público le puede servir hasta que extinga la deuda. Si se muere queda en paz; pero mi gesto es que salga libre de mi poder.

Como era natural el español rechazó la proposición y se despidió. ¿Qué propósito tenía esta oferta en aquellos momentos en que se hablaba en voz baja y en todos los corrillos sobre rumores de revolución, de abo-

¹² Notaría.

lición de la esclavitud? ¿Sería para tantear el pensamiento de Figueredo? ¿Era este catalán un emboscado?

Ya en Bayamo había fraguado la conspiración, los elementos dispersos habían sido aglutinados bajo el secreto de una logia masónica y eran dirigidos por la figura venerable de Francisco Vicente Aguilera y secundados por Pedro Figueredo, Francisco Maceo Osorio, Carlos Manuel de Céspedes y otros. Jiguaní también estaba complicado en la conspiración por los contactos pero sin una perfecta organización y menos aún sin una coordinación efectiva.

Félix Figueredo declara en sus memorias: «Llegó octubre preñado de acontecimientos. El día primero estando en los portales de la casatienda del peninsular Jaime Govine, llegó el moreno Juan Antonio Fuentes, desmontándose de su caballo y me llamó a un lado, colocándonos los dos al pie de la columna que sostiene los arcos del edificio. Allí mismo me declaró el secreto del levantamiento preparado para algunos días después. Su objeto al revelarme el secreto era consultarme si estaba o no obligado a tomar carta y si podía contar conmigo. Como lo conocía de hacía tiempo no dudé de su sinceridad y con esto ya no quedó ninguna duda de los planes en proyecto. Me confió quiénes eran los jefes de la conspiración en la Jurisdicción de Jiguaní. Lo alenté sin quedar comprometido, porque al fin era un hombre del pueblo y como tal, instrumento. 'Se despidió por último encargándome el secreto y pidiéndome seis duros para comprar una canana que había visto en la otra tienda de Jaime Govine.

»Dos días después —agrega— regresaba de Baire y en el punto nombrado el Yarey me detuvo otro hombre de pueblo, Miguel Guerra, jornalero (a salario como allí se decía) de la finca Santa Teresa, de José Antonio Milanés. Hablamos dos minutos y supe que iba a correo a Baire para dar aviso a Ramón Garcés, José María Garcés, Rafael Cabrera y algunos más de los instrumentos porque con ello se hacen las obras. En una mano tenía yo todos los hilos que después ha llegado a la grandísima guerra.»

La conspiración se extendía. No sólo Bayamo estaba en rebeldía silenciosa, Jiguaní también la secundaba. Los distintos grupos que conspiraban en esta población se mostraban hacia una unificación y cada día agrupaban más elementos a sus filas.

El Dr. Félix Figueredo, vinculado en la conspiración, acudía a las sesiones de la logia Masónica, a la que pertenecía; a las distintas reunió-

nes, pero con cuánta discreción, dada su condición de médico de cubanos y españoles para evitar sospechas.

Él mismo cuenta en sus memorias que recibió una carta del catalán Ignacio Casas, comerciante de Bayamo y dueño del potrero «El Retiro», fundado a diez minutos de Jiguaní.

«En la carta —dice Figueredo—, me pedía le hiciera el favor de llevar al Gobernador Muguruza, para que con sus ojos se convenciera de una injusticia que querían hacerle el capitán pedáneo de Santa Rita y otros de por la finca vecina, porque no quería *aflojar*, decía, algunas onzas, y cuya injusticia era la de oponerse a no servir para el público un nuevo camino que había abierto para conservar el antiguo que causaba un desperfecto en su finca. Accedió el Gobernador Muguruza, en la visita a complacer al comerciante Casas, citándome para el día 12 con manifestación de tener que prestarle uno de mis caballos. Concurrí en la mañana citada a casa del Gobernador y se levantó de dormir al llamarlo el criado diciéndome mi llegada. Al aparecer me dijo Muguruza:

»—Caballero Figueredo si no fuera por los preparativos y gastos que había hecho su amigo Casas dejaría la visita ocular para otro día; mas estoy comprometido y cumplo mi palabra. Nos pusimos a caballo llegando en pocos minutos a la finca. Allí nos reunimos con Casas que mandó servirnos café y después pasamos a examinar el camino de la cuestión, encontramos la nueva vía buena y acondicionada para que a más de su anchura de 25 varas no tenía baches, ni troncos, ni un estorbo. En el paso del río los barrancos tenían el correspondiente declive a manera de rampa y con el piso convexo en su centro. Todo se encontró bueno. Regresamos a la casa de la finca como a las nueve de la mañana y ya el mayordomo nos tenía preparado un soberbio almuerzo. A poco de empezar a almorzar se presentó un empleado del telégrafo con un telegrama para el comerciante Casas, donde el Gobernador de Bayamo, Don Julián de Udaeta, le ordenaba se le mandara, inmediatamente, los soldados españoles que rebajados del servicio estaban allí empleados como braceros. Aquel telegrama tan urgente y todos los otros cabos que yo tenía me revelaron la confirmación de una parte del levantamiento. Pero sigamos. El comerciante mostró el telegrama a Muguruza preguntándole: ¿Qué haré, señor Gobernador? Toma, exclamó éste, mandarlos inmediatamente, pero a caballo. Presente el mayordomo Fabré recibió de boca de Casas la orden de mandarlos; y continuando nosotros nuestro suculento almuerzo versó la conversación sobre lo urgente del caso. Sobre tales puntos no omití ninguna frase a Muguruza que sirviese de aviso para lo ulterior, antes

bien calmé en la mesa la agitación de mis dos españoles, llevándoles al terreno que caso de haber algún hecho sería aislado pues yo como médico, que tenía facultad de entrar en todas las casas de la jurisdicción no había visto nada, absolutamente nada que pudiera causar sospechas. Como una hora después y cuando nos servían los postres, llegó un salvaguardia portando otro telegrama para el Gobernador; la lectura lo hizo levantar del asiento en extremo agitado, se puso a pasear demostrando su rostro que en su corazón existía un volcán y volviéndose a mí me dijo: “Nos marchamos en el momento.” Le contesté haciéndole tranquilas reflexiones, e indicándole primero que iban a servir el café que no habíamos tomado: Era expuesto montar a caballo después de haber comido bien y por último que lo fuerte del sol, pues eran las doce, podía ocasionarnos un ataque de sangre al cerebro. No hizo caso de los ruegos del comerciante que apurado le preguntaba qué novedad ocurría, ni tampoco de mis simuladas reflexiones. Mandó sacar los caballos de la cuadra, me hizo montar después que nos despedimos de Casas y levantamos los caballos a todo golpe. Al salir de la finca y mientras el salvaguarda hacía girar sobre sus goznes la puerta de golpe donde paramos los caballos, me miró fijamente el Gobernador Muguruza y con palabras marcadas y casi sarcásticas, me dijo: «Figueredo usted sabe mucho y muchas cosas.» Atacado tan intempestivamente le contesté: «Tiene usted razón señor de Muguruza: Sé mucho porque me eduqué en España, pero todo lo que sé está reducido a visitar mis enfermos y cuidar mi casa como usted le consta.» «No hablemos, me respondió, ni de enfermos ni de asuntos domésticos. Voy por otro camino.» A esto le dije: «Pues, caballero, entonces no sé de que quiere V. hablarme.» Hábleme y añadí: «No sé nada.» «Esta bien, me dijo, cuando lleguemos a Jiguaní iré V. a mi casa porque quiero tener con usted una conferencia: «Bien, le respondí —pero hoy a más de que tengo que visitar a mis enfermos, me urge escribir a Cuba. Si me sobra tiempo iré a ver a usted. Tampoco respondo de concurrir a su cita hoy mismo porque puede algún cliente mío mandarme a buscar como comúnmente sucede y con urgencia.» Terminada esta corta conversación hincamos los caballos y a medio escape llegamos a la plaza de Jiguaní. Al separarnos para tomar la calle de mi casa, me despidió diciéndome: «Figueredo ya sabe Vd. que lo espero», a lo cual le respondí: «Señor de Muguruza, pierda usted cuidado y hasta más ver.»⁴²

⁴² Figueredo, Félix. Obra citada.

En su casa, solo, quiso el doctor Figueredo hacer un examen de conciencia, hacer balance de su vida. El momento supremo había llegado. Tenía que lanzarse a la Revolución. Ya el Teniente Gobernador sospechaba de él. Su neutralidad como médico estaba deteriorándose.

De momento un pensamiento se le fija en la mente. Los españoles jamás le hicieron daño personalmente pero no podía aceptar la política colonial que había en Cuba y menos aun la ignominiosa institución de la esclavitud.

« Los cubanos, se dijo Figueredo, no quisiera confesarlo me habían herido injustamente pues algunos de ellos quisieron manchar mi honra en los tribunales de justicia por que no quise avenirme con el padre de un amigo mío a venderle mi profesión con perjuicio del pueblo: i ese amigo, como abogado que era corrompió un infeliz campesino haciéndole firmar una denuncia en contra mía. Pero por fortuna triunfó la razón y la inocencia. Algún tiempo después murió el abogado arrepentido... pero llevando en su conciencia el cáncer devorador olvidado de los servicios que me debía. Si hubiese admitido las proposiciones del padre de aquel amigo mío el pobre *Pueblo* había sido el pagano porque era perjudicarla entrar en una negociación para hacer recetas que hubieran sido despachadas. *A toda conciencia*. No quise admitir el trabajo porque era un crimen visitar un enfermo pobre o rico que: bastando un consejo higiénico o un remedio casero se había de poner bueno; y el contrato *versaba* sobre la obligación de recetar a diestra y siniestra i en latín para que no entendiese el vulgo i naturalmente cobrar el doble o el triple. Además era el establecimiento tan sucio y descuidado que más que botica merecía el nombre de pocilga. El Gobernador a petición de Lucas del Castillo mandó a cerrarla por una equivocación en el despacho de un medicamento. Medida que antes debió tomar por los gritos del pueblo.

Continúa el Dr. Figueredo hablándose a sí mismo:

»Algunos cubanos sin prueba de ninguna especie hacían creer que yo era partidario de los españoles, ¿y por qué?... Porque en un lance de honor no quise dar un secreto a un capitán pedáneo, que por sus malos manejos en el desempeño de su cometido como empleado español con sueldo, atenciones y buscas se vio sumariado y depuesto. Y porque vuelvo a repetir. Por que a otros les hizo comparecer ante el Gobernador en aquella época para decirle que conocía todos sus antecedentes criminales y desde luego estaría al tanto de hacer que no se cometieran.... no me atrevo a escribir las palabras.

»Pero, de pronto, se detiene en los paseos que daba de un extremo al otro de su aposento. Un pensamiento le viene a la mente y exclama:

—La esclavitud. Años había que me horripilaba la idea que aún existieran esclavos. No podía comprender el negro, como el mulato y el blanco, teniendo todos igual número de órganos, todos la facultad de moverse, de pensar, de trasladarse a cualquier punto de la tierra, y aprender los idiomas, artes, oficios y ciencias p.e. Plácido, el doctor negro radicado en París y otros; después de ser iguales, después de educados; por lo dicho y más quisiera pensar, no podía comprender: que el hombre mantuviese esclavizado al hombre. No quería explicarme por qué se prescindía de los adelantos de la civilización moderna por permanecer aferrado a conservar la esclavitud. No, me dije, no es posible seguir indiferente cuando aquí vemos hombres que azotan a otros hombres. No es posible permanecer impasible cuando existe la pena de azote, escrita en el “Bando de Buen Gobierno” del General Valdés, no es posible continuar regidos por un sistema tan bárbaro que establece se pague una suma de dinero para conseguir la libertad de un feto que aún permanece en el vientre de una negra esclava. Es horroroso pagar la libertad de lo que no ha nacido.

»Se detiene un instante el doctor Figueredo. Se queda meditando un rato.

»En su mente que vibraba toda su rebeldía por el problema de la esclavitud voló su pensamiento hacia el sistema de gobierno existente en Cuba y se dijo:

—De la esclavitud pasé a la manera de gobernar los españoles a Cuba. Por ejemplo: veía a un pueblo como Jiguaní 22 000 almas gobernadas por un Capitán de Infantería como Don Federico Muguruza que no conocía otro Código sino el citado bestial “Bando de *buen* Gobierno”, al que añadía su “Libro Vevete” confeccionado por su sicario y polizonte Linares y los pedáneos de Santa Rita y Baire. Tales razones me hicieron decidir de una vez y estar por uno de los partidos que iban precisamente a disputarse el terreno, pues hubiera sido un crimen permanecer neutral o abandonar la patria en los momentos de la prueba y del peligro. Así fue que después de pensarlo todo con calma me decidí por la Revolución fuera cualquiera la forma que tomase, é interiormente me hice el juramento “por mis hijos” que son mi todo. Ser de Cuba y para Cuba: Sin españoles en su Gobierno y sin esclavos en su territorio.»

Félix Figueredo comprometido en la lucha revolucionaria no pertenecía a ninguno de los grupos que lideraban, de una parte Francisco Vicente

Aguilera, de otra Carlos Manuel de Céspedes, que como dice Jerez Villarreal: «no pueden subsistir a los resabios locales, supremacías de aldeanos con prejuicios que agravan, entre complotados que pertenecieron a los grupos inconciliables del anexionismo, el recuerdo de personales malquerencias que frustraron el empeño y entre los separatistas letrados, celos de bufete, pleitos sin término —algunos duraban medio siglo perdidos en incidentes baladíes, en argumentos para mejor informar y proveer».¹⁴

Él se mantenía sin bandería con un solo ideal: la independencia de Cuba. Aunque sabía que la lucha sería terrible más por conocimiento de los hombres que por las causas que entrañaba una revolución, mantenía su independencia de criterio.

En las reuniones preparatorias para el inicio de la Revolución contra el poder colonial que imperaba en Cuba figuraba como responsable de su pueblo, Jiguaní. Así lo vemos en la convención efectuada en el fundo del «Rompe» el 3 de agosto de 1868, jurisdicción de las Tunas, finca San Miguel, presidida por Carlos Manuel de Céspedes a la que asistieron los iniciadores del movimiento en Bayamo, y entre ellos Félix Figueredo¹⁵ y Donato del Mármol como diputados por Jiguaní.¹⁶

En esta reunión se trató del levantamiento en armas y hubo discrepancias en la fecha. Félix Figueredo, «el agresivo», como lo llama Gerardo Castellanos, era partidario del aplazamiento, tesis contraria a la de Céspedes.¹⁷